

CALABAZAS



en el trastero

Bosques



Presenta

CALABAZAS



en el trastero

CALABAZAS



en el trastero



Bosques

Créditos:

Segunda edición digital: abril 2016
Código: COD 9785400038635050036

Ilustración: Carolina Bensler (carolinabensler.com)

Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso

Corrección de estilo: David Jasso y Kachi Edroso

Prólogo (cortesía de Noche): Sergio Mars

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Autores: Andrés Abel, Pilar Alberdi, Iván Boto Gómez,
Ignacio Cid Hermoso, Pedro Escudero Zumel,
Carlos L. Hernando, Juan Ángel Laguna Edroso,
Laura Luna Sánchez, Inés Mataix, Manuel Mije,
Carlos Pérez Jara, Marc R. Soto y Javier Vivancos García

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A, 50006 Zaragoza

Más información: www.sacodehuesos.com

Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca Fosca

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

Imaginaos sobre una colina herbosa. El sol brilla en un cielo azul intenso y una suave brisa dibuja en las laderas olas de verdor ante las que se inclinan condescendientes el espliego y la cebada. A lo lejos, bendecida por la lejanía con una cualidad casi vaporosa, se alza una altiva cordillera. Quizás flote en el aire un leve aroma a salitre, como recuerdo o promesa de algún océano distante.

Imaginad ahora que empezáis a girar sobre vuestros talones, descubriendo así el paisaje que se encuentra a vuestras espaldas. Poco a poco empieza a desplegarse ante vosotros un bosque. Las copas de los árboles se entretajan para formar un paisaje de cúpulas trémulas y atalayas ramosas que se va difuminando en un mar de bruma. Pero no miráis tan lejos. Vuestros ojos se dirigen a un lugar mucho más próximo. Contempláis el linde, la bien definida frontera donde la vanguardia de gigantes vegetales incrusta sus austeros troncos en la tierra.

El día es luminoso, pero bajo el dosel arbóreo reina una penumbra que vuestros ojos, habituados al resplandor del astro rey, apenas alcanzan a distinguir de la oscuridad. Entre las sombras se

distinguen con dificultad las siluetas de los arbustos, una mezcla de hojas endurecidas y espinas que luchan por conquistar y defender su mísero feudo. Y nada más.

Por mucho que agudicéis la vista la floresta es impenetrable.

Allí, fuera del alcance de vuestros sentidos, puede ocultarse cualquier cosa; a tan sólo un corto paseo cuesta abajo para vosotros, unos breves pasos cuesta arriba para... lo ignoto.

El escalofrío que recorre vuestra espalda se debe al mismo reflejo que hace que nos incomode el hueco polvoriento bajo la cama o la puerta entornada del armario en una noche ventosa. Pero la aprensión que sentimos ante el bosque hunde sus raíces mucho más hondo que en el simple miedo a lo desconocido. Nuestros más lejanos antepasados, aquellos que por primera vez hollaron con un pie perfectamente diferenciado de una mano las praderas del plioceno, iniciaron su camino hacia la humanidad con el simple, a la vez que complejísimo, acto de darle la espalda al bosque primordial. En el nuevo ambiente, la capacidad de ver antes de ser visto resultaba de importancia crucial. Aquel mono insignificante se irguió para otear sobre las plantas

de la sabana, sus extremidades superiores quedaron libres para manipular herramientas y su cerebro empezó a crecer para idear maneras más astutas de usarlas. Y con cada una de estas modificaciones, la antigua vida arborícola iba quedando más en el pasado. El bosque, que otrora fuera hogar, se metamorfoseó en un lugar terrible, donde la vista apenas alcanzaba a unas pocas zancadas de distancia y las ventajas, tan duramente adquiridas, se volvían no sólo inútiles, sino mortales deficiencias.

Sí, el bosque es el genuino paraíso perdido de la humanidad, guardado por ángeles que empuñan espadas flamígeras, por siempre jamás prohibido para los hijos de Eva.

Con el paso de miles de milenios la brecha no ha hecho sino agrandarse. Los australopitecus dejaron paso al *Homo habilis*, y éste al *Homo erectus*, y así hasta el primer *Homo sapiens* que sujetó entre esos dedos prensiles que evolucionaron en las llanuras africanas un punzón, listo para plasmar sobre arcilla los conceptos surgidos de su mente. Un largo proceso. Una lucha sin tregua entre la humanidad y la animalidad, entre la civilización y el salvajismo, con los linderos de los bosques sirviendo de divisoria entre ambas realidades antitéticas. El

hombre, en su cueva, en su poblado o en su ciudad podía ser el rey de la creación, pero bajo las copas frondosas de los árboles retrocedía a la condición de asustadiza presa para bestias que a la postre ya sólo habitaban en lo más recóndito de la espesura y en las pesadillas ancestrales.

Esta contraposición entre civilización y barbarie, identificada con la floresta, ha quedado reflejada en multitud de escritos a lo largo de la historia. En la Edad Media, por no retroceder en demasía, la criatura feroz que epitomizaba todo cuanto de salvaje tenía el bosque era el lobo, protagonista de las peores vilezas en contra de las criaturas más puras. Fue Perrault, en 1697, quien puso por primera vez por escrito las desventuras de Caperucita Roja, ejemplo patente para las generaciones futuras de los peligros de lo desconocido. Bastante después, en 1812, los hermanos Grimm introdujeron en el mito la figura del leñador, un hombre cuyo valor le permite reconquistar aquel territorio perdido y enfrentarse a sus horrores para propiciar un final feliz. Era lo que exigían los tiempos, y de igual modo dulcificaron la historia de Hansel y Gretel, abandonados a su muerte por sus propios padres en el bosque, siendo ésta una práctica tristemente

habitual en la Edad Media, siempre con el mismo escenario agreste, tal y como podría corroborar otro famoso personaje de cuento de hadas: Blancanieves, salvada *in extremis*, por la compasión del cazador (que lleva a la madrastra, como prueba del crimen no perpetrado, el corazón de un cervatillo).

El buen forestal, una simple anécdota. Apenas un efímero destello de luz en una oscuridad sofocante. Porque tan terribles como los moradores por derecho de nacimiento de los senderos boscosos son aquellos que ceden voluntariamente a su influjo y responden a la llamada atávica de la espesura. Algernon Blackwood lo expuso con espeluznante maestría en su relato de 1910 «El wendigo», haciéndose eco de una figura típica de la tradición amerindia, relacionada con la regresión al peor bestialismo, llegando incluso al crimen supremo de la antropofagia, de aquellos privados del contacto humano en una prisión de árboles.

Sumado pues a la identificación con lo desconocido, tenemos el temor al atavismo, la involución hacia estadios prehumanos propiciada por la presión ambiental de los bosques primigenios. Una noción que no podía dejar escapar H.P. Lovecraft, el gran exhumador de los horrores

raciales, enterrados a una profundidad menor de la que nos gusta considerar bajo la fina capa de racionalizaciones que llamamos intelecto. En el relato con que presentó al público el primer atisbo de sus *mythos*, «La llamada de Cthulhu» (1926), ya imaginaba cultos impíos celebrados a la luz de las antorchas en las espesuras pantanosas de Nueva Orleans. Los participantes, degradados hasta perder casi la condición humana, invocaban con sus ritos obscenos a los seres primordiales que gobernaron el mundo antes de la llegada del hombre.

Esta interpretación literal del influjo embrutecedor de los bosques se extendió a otros miembros del grupo de compañeros epistolares conocido como el Círculo de Lovecraft. Quizás en quien más caló fue en el escritor tejano Robert E. Howard, quien en 1931 publicó en *Weird Tales* «La piedra negra», el relato de una visión de tiempos antediluvianos experimentada por un viajero contemporáneo ante un altar blasfemo en los montes húngaros. De nuevo es un calvero entre árboles centenarios el escenario de un frenesí primitivo que evoca pavorosos tiempos pretéritos, anteriores a la breve era que podemos considerar como nuestra.

En realidad, Lovecraft y Howard no hicieron sino encajar su revolución mitológica anti-anropocéntrica en la tradición antiquísima que relaciona los bosques con diversos misterios de carácter sobrenatural o religioso: aquelarres demoníacos, arboledas sagradas celtas donde se realizaban sacrificios humanos, las dríadas griegas, los kodamas japoneses... Todo un universo mágico ajeno y en ocasiones, cuando se siente atacado o simplemente profanado, hostil al hombre. La conexión entre bosque y mito se encuentra tan arraigada en nuestro subconsciente que dos de los más antiguos arquetipos se encuentran inextricablemente unidos a estos parajes: el del gran cazador, cuyo máximo exponente fue Orión, compañero y víctima de la diosa virgen Diana, y el del hombre-salvaje, ejemplificado en Enkidu, el compañero de Gilgamesh (en tiempos más modernos, Robert Holdstock exploró la identidad entre arquetipos, atavismo y espesura en su novela de 1984 «Bosque Mitago»).

La involución, además, no tiene por qué detenerse en un estadio primitivo aunque humano. Prácticamente todas las culturas poseen historias sobre hombres que se transforman en bestias,

generalmente lobos en la tradición europea. La metamorfosis simboliza la liberación de los instintos animales, y puede ser debida tanto a una maldición como a la entrega voluntaria a los impulsos más primarios y bestiales que moran en nuestro interior. En las historias sobre licántropos, la dualidad civilización/salvajismo queda perfectamente ejemplificada mediante la contraposición del universo humano (generalmente un pueblo o una ciudad) y el universo lobuno (los bosques, por supuesto).

A mitad camino entre las leyendas de niños-salvajes y las crónicas de asesinos despiadados como Manuel Blanco Romasanta, condenado por licantropía en Allariz (Orense) en 1853, la leyenda del hombre-lobo ha sido fuente constante de inspiración para fabuladores. Desde el mito griego de Licaón (transformado en lobo por Zeus como castigo por su canibalismo), pasando por «Las metamorfosis» de Ovidio y entroncando con las sensibilidades de la literatura gótica, la fascinación de este retorno corrupto a la naturaleza se ha mantenido hasta nuestro días, plasmada en obras como «El síndrome de Ambras» (Pilar Pedraza, 2008).

Y hablando de niños-salvajes, ¿cómo no recordar a Mowgli, protagonista principal de «El libro de la selva» (Rudyard Kipling, 1894-1895)? Allí, entre otros relatos, podemos encontrar «La selva invasora», donde se nos muestra otro tema clásico, el de la naturaleza ofendida, reclamando el territorio que antaño fuera suyo, que en las últimas décadas ha tomado un giro reivindicativo al adoptar sublecturas ecologistas («La princesa Mononoke», Hayao Miyazaki, 1997) o folclóricas (rebelión del mundo mágico ante la cultura tecnológica que lo arrincona, como en «Hellboy 2: El ejército dorado», Guillermo del Toro, 2008, basado en los personajes de Mike Mignola; o bien, hibridando con la ciencia ficción, «La reina del aire y la oscuridad», Poul Anderson, 1971).

Por si todo esto fuera poco, la tradición española puebla aún más nuestras frondas con horrores extraídos de la imaginería popular: la Santa Compañía, espíritus de guerreros muertos, como en «El monte de las ánimas» (Gustavo Adolfo Bécquer, 1861), meigas, xanas («Los ojos verdes», Bécquer, 1861), bandoleros (y bandoleras o serranas, algunas de ellas alcanzando notoriedad mítica y literaria, como la Serrana de la Vera)... No es de extrañar que

el viajero, obligado a transitar por un sombrío sendero entre los árboles, sintiera arder la nuca por la presión de incontables ojos ocultos entre la espesura, y que en tal trance apretara el paso, para ver de llegar cuanto antes a terreno abierto.

¿«Sintiera»? ¿Como si ya hubiéramos superado esa etapa? ¡No!

El bosque sigue siendo un reducto de los poderes ancestrales. Toda nuestra civilización, toda nuestra tecnología, de nada sirven cuando la carretera se pierde de vista a nuestras espaldas y el mundo se transforma en un laberinto de pilares nudosos coronados por capiteles susurrantes; cuando el sol rojo se quiebra contra un dentado lecho de picachos negros y la tierra empieza a respirar vaho que se eleva en volutas trémulas a la luz de la luna. Entonces es la hora del lobo, y los instintos dormidos afloran para convertir al hombre en bestia, y cada sombra esconde una promesa de muerte.

Penetrar en la espesura es un acto que no debería tomarse a la ligera. Al hacerlo, abdicamos de nuestro trono, dejamos atrás corona y cetro y retrocedemos a una época en que éramos la presa en lugar del predador. Tal vez conservemos una falsa sensación

de seguridad, producto de unos sentidos embotados por nuestra rutinaria vida moderna, pero no debemos llevarnos a engaño: un bosque no tiene nada que ver con la domesticada exuberancia de un jardín.

Por desgracia, a muchos de nosotros se nos escamotea la posibilidad de tomar la brava decisión de afrontar nuestros miedos bajo las ramas de los árboles, y desde la distancia puede que le hayamos perdido el respeto debido. Para subsanarlo, Saco de Huesos nos ofrece, con este sexto número de Calabazas en el Trastero, la posibilidad de desafiar sus horrores de la mano de trece autores, representativos de la actual literatura de género fosco en español. A través de sus palabras, quizás asistamos a rituales sacrílegos a la sombra de los robles, o tal vez sintamos por culpa suya el hálito infernal de alguna bestia primigenia en el cogote. ¿Nos atreveremos entonces a desprendernos de la pátina de civilización que nos escuda y afrontaremos nuestro auténtico yo? ¿Osaremos arriesgarnos a padecer sed, hambre, dolor, soledad? Lo cierto es que todo esto es posible, y mucho más.

Ya lo indicaba al principio: allí, en la engañosa penumbra bajo las copas de los árboles, al otro lado

de la frontera que nos separa de la naturaleza salvaje, puede ocultarse cualquier cosa.

¿Qué decidís? ¿Exploramos los bosques?

Sergio Mars

El ciclo

Por Carlos Pérez Jara

Había bajado un poco la ventanilla para sentir mejor el aire puro y el olor a madera húmeda. La carretera comarcal atravesaba ahora un bosque de robles que Luis no había visitado nunca, pero que ahora contemplaba con aire ausente, como si la mera visión de tantos árboles juntos acabara con sus malestares. De hecho, se sentía mucho mejor que unas horas antes, y casi no le importaba el tener que viajar solo por carreteras penosas y solitarias en días festivos si era posible disfrutar de aquellos momentos, tan breves pero necesarios.

Ya apenas pensaba en las obligaciones de su trabajo de comercial, ni en las entrevistas, ni en sus propios documentos. Al fijarse en un cartel abollado y medio caído entre los arbustos, Luis recordó que hacía mucho que no se paraba en un campo sin ninguna razón concreta. Miró su reloj, con una mano sobre el volante, mientras reducía poco a poco la velocidad. Iba muy bien de tiempo y, de cualquier forma, siempre era bueno hacer una parada. Aparcó

el coche en el margen del viejo asfalto, casi tapizado de hojas secas y amarillentas. Luego se bajó, bostezando, y, mientras se desperezaba, vio la curva que describía la carretera hasta perderse por otro recodo del bosque.

—Perfecto —murmuró, y caminó varios metros hasta colocarse frente a un enorme abedul de tronco plateado. Se bajó la cremallera con lentitud. Ahora silbaba distraído, relajado, escuchando el sonido de la brisa sobre las hojas de los árboles. Luego, mientras observaba la mancha que había dibujado sobre el tronco, descubrió algo que brillaba entre la hierba. Se agachó para recogerlo, pero solo era un pedazo de lata. Finalmente, ojeando de nuevo su reloj, decidió darse un pequeño paseo de unos minutos antes de volver al coche.

Casi enseguida, se preguntó cómo sería la vida allí, en aquel mundo verdoso y salvaje, tan solo ensuciado por aquella lengua de asfalto que lo cruzaba con oscura indiferencia. Hoy ya nadie se paraba en ningún sitio, se dijo. Nadie veía nada que mereciera la pena; se habían vuelto ciegos, y sordos. Con las manos en los bolsillos, Luis bajó un suave desnivel de tierra arcillosa desde el cual pudo distinguir una gran colonia de castaños viejos que

daban una sombra muy agradable. Más allá había un claro de hierba sobre el que, sin apenas pensarlo, construyó mentalmente una casita. Una cabaña de madera, con su chimenea, como en las películas o los libros. Un refugio en el que sentirse aislado, en calma y en paz, lejos de las mentiras y mezquindades humanas, de ese circuito enfermo por el que iba de un lado para otro desde hacía ya tantos años que le era imposible recordarlos. Estaba claro que, en un sitio como aquél, se sentiría otro hombre. Otra persona.

Había empezado a caminar de regreso al coche cuando la vio. Caminaba con lentitud entre unos setos, como una sonámbula. A lo lejos, Luis creyó que era alguna turista de paso que deambulaba distraídamente, pero al fijarse mejor vio la expresión nebulosa de su rostro. Tenía el cabello desordenado, con algunos tiznones en sus mejillas pálidas. Luis se adelantó a paso rápido, a punto de resbalarse sobre una piedra.

—Señora, ¿se encuentra bien?

La mujer se detuvo de golpe, como si el sonido de su voz la ordenara pararse. Luis observó que era joven, no especialmente guapa para su gusto, aunque alta y delgada. Llevaba una falda gris

manchada en varias zonas, una camisa roja igualmente sucia, y unos zapatos de tacón bajo que parecían haber cruzado algún espacio profundo de barro fresco. La luz que se filtraba entre las hojas iluminaba ahora sus ojos de color miel.

–Nos hemos perdido –dijo al fin.

–La carretera está ahí cerca –dijo Luis, y se giró con la cabeza para indicarle, pero desde allí no se veía el asfalto.

La mujer se abrazó, mirando a su alrededor. Luis decidió acercarse un poco más, pero notó un destello de duda en su mirada.

–Fuimos... lejos. Pero nos perdimos. Mi marido está en la cueva.

–¿La cueva? –dijo Luis, y avanzó medio metro más. Ahora distinguía la palidez ojerosa de su rostro –. Mire, yo puedo llevarles al pueblo más cercano. ¿Iban en coche?

La mujer tardó unos segundos en responder, algo cabizbaja.

–S-sí.

–Bueno, pues si quieren les puedo llevar hasta el pueblo, y luego llaman a una grúa.

–Pero mi marido...

Luis observó la suciedad de sus ropas.

–¿Han sufrido algún accidente?

–Mi marido no puede llegar hasta aquí... tiene muletas. Tiene muletas y no puede.

Luis apretó las mandíbulas, mirando de reojo su reloj. Aquello era una urgencia, sin duda.

–¿Dónde le ha dejado?

La mujer señaló con un dedo hacia su espalda.

–Muy bien, ¿y eso está muy lejos?

–No, no creo –murmuró.

–Yo me llamo Luis –dijo Luis, y extendió su mano. La mujer no movió un músculo.

–Isabel.

Durante un momento, Luis apenas supo cómo reaccionar. Volvió a retirar la mano.

–Bueno, Isabel, ¿puede decirme dónde está su marido? Entre los dos podremos llevarle hasta la carretera. Luego yo les llevaré en el coche.

–Es por allí –dijo la joven, y señaló a un punto indefinido del follaje.

Luis caminaba junto a la mujer pensando en que tal vez hubiera sufrido alguna clase de trauma. Había escuchado cosas así en la radio, en la televisión, en los periódicos: personas que parecían absortas a causa de algún accidente y que a veces no volvían nunca a ser las mismas. Luego miró de reojo

el cabello castaño, salpicado de fragmentos de hojas y ramillas. Ella avanzaba más lentamente, por lo que a menudo tenía que demorar sus pasos.

—¿Qué les ha pasado?

La joven tardó en responderle. Ni siquiera le miraba.

—Nos perdimos...

—Eso ya me lo ha dicho —replicó Luis mientras rodeaba un roble joven con la base recubierta de musgo—. Me refiero a si han sufrido algún golpe, algún accidente.

—¿Golpe? —dijo la mujer con la vista puesta en su cara y, de pronto, sonrió. Al principio suavemente, luego como si acabara de escuchar una broma. Enseguida resonó su risa por los alrededores, una carcajada insólita que detuvo a Luis cerca de un arroyuelo.

—No, no hubo golpes —dijo al fin, colocando su mano sobre una rama. Está loca, pensó Luis, y de inmediato miró el reloj. No podía tentar la suerte. Pero tampoco era factible dejarla allí en el bosque o denegarle ayuda alguna. En apenas unos segundos había pasado de la risa juvenil a un estado melancólico con el que iba caminando como un alma en pena. Tal vez estuviera enferma de verdad y

se hubiese escapado de algún sanatorio, o de la casa de alguna pobre familia que la cuidara. Si todo aquello era la ilusión enfermiza de una loca, se estaba arriesgando a perderse también entre los árboles. Ya habían cruzado el arroyo, que apenas llevaba agua entre sus piedras redondas y pulidas, cuando lo dijo:

–Isabel, ¿de verdad sabe dónde está su marido? Quiero decir que esto es muy grande y corremos el riesgo de perdernos también nosotros. Tengo el coche a unos quinientos metros de aquí, junto a la carretera. Podemos llamar con mi móvil, y que hagan la búsqueda. Seguro que hay algún pueblo o aldea por aquí, ¿verdad?

La joven le miró como si se hubiera transformado en otro árbol y luego siguió caminando despacio.

–La cueva está ahí –dijo sin mirarle, mientras le daba la espalda. Parado, Luis dudó varios segundos.

–Joder –murmuró, y sacó el móvil. A continuación marcó un número, el del comercial con el que iba a verse en unas horas, pero no había cobertura. Luego lo intentó con el móvil de su jefe, pero sin ninguna respuesta. Cuando se metió el móvil de nuevo en el bolsillo, se dio cuenta de que la muchacha había seguido caminando sin prestarle

atención y ahora le llevaba casi doce metros de ventaja.

—¡Eh! ¡Espere!

Se adelantó a la carrera, tropezando un poco con las piedras. Entonces se percató de que tenía los zapatos un poco sucios por el agua del arroyuelo.

—Mierda. ¡Pare un momento, Isabel!

Pero Isabel iba bajando un terraplén agarrada a las ramas secas de los robles. Luis iba detrás de ella, mirando hacia atrás, como si tratara de recordar el camino de regreso. La joven estaba loca, de eso no había ninguna duda. Pero también le inspiraba una secreta atracción. ¿Y su olor? Era un olor profundo, lo había sentido al acercarse un poco. Pero sobre todo le perturbaron sus ojos, ese brillo casi dorado de su mirada con el bosque en calma. Pobre criatura, se dijo, y trató de sentir por ella algún rastro de compasión, pero en su lugar sentía otra cosa. Un impulso violento cuyo origen le era desconocido, como la raíz de una reacción interna, primaria y salvaje. Llevaban ya casi media hora andando cuando la joven se detuvo al pie de una colina forrada de arbustos. Para entonces, Luis sudaba ya desconcertado y en silencio, escuchando el sonido de unos pájaros a lo lejos. La muchacha se giró

señalándole con el dedo:

—Ahí.

—¿Cómo? —dijo Luis, entornando la vista, y se fijó en la colina.

—La cueva.

Luis se fijó en que detrás de varios arbustos altos y ramajes se adivinaba una oquedad más ancha que alta en la roca.

—¿Ahí está su marido?

La joven se adelantó, apartando zarzas y ramas, y luego desapareció en la oscuridad.

—¡Eh! ¡Isabel! —dijo Luis, petrificado, y luego, mientras quitaba él mismo los ramajes, añadió en voz baja—: Estoy jodido.

Detrás de los arbustos notó un hedor a carne descompuesta y humedad que le detuvo de inmediato.

—No se quede ahí, por favor —dijo una voz de hombre—. Le veo desde aquí. Tenga cuidado con la cabeza.

Por unos instantes apenas vio nada, salvo sombras a su alrededor. Estuvo a punto de chocarse con una roca oscura que sobresalía del techo. Era la entrada de una cueva medio oculta, posible refugio de depredadores nocturnos que hubieran guardado

allí sus presas para luego abandonarlas ante la presencia de otros invasores. Estaba seguro de eso.

—¿Puede verme? —resonó la voz y su eco se propagó por las profundidades de sus paredes. La sombra estaba sentada, con una pierna más estirada que la otra, y con unos palos gruesos y altos cruzados a su lado. Era un hombre de edad mediana, con una barba oscura y descuidada, y unos ojos negros y sin brillo. La joven se había sentado a su lado, con los brazos en torno a las rodillas recubiertas de arañazos.

—¿Qué están haciendo aquí? —dijo Luis encorvado. El hombre barbudo levantó las cejas.

—Creo que no le entiendo.

—Tenemos que salir de aquí —insistió Luis mirando la claridad que se filtraba entre los arbustos que tapaban la cueva—. Es imposible que puedan encontrarles en un lugar tan oculto. ¿Se esconden de algo?

—Oiga, está poniendo triste a mi mujer, ¿o no la ve?

Luis vio que la joven llamada Isabel parecía llorar ahora con su cabeza hundida entre los brazos.

—¿Pero qué está pasando aquí? —dijo Luis, y retrocedió un poco, confuso.

El hombre barbudo levantó un brazo.

—Escuche, ¿no lo oye?

Pero Luis no estaba escuchando. Veía la sonrisa amable del hombre sentado, y luego a la joven en su llanto sin pausa, y no encajaba la situación con su propia vida. Ya debería estar llegando a la ciudad de provincias donde iba a verse con el señor Gómez; casi a punto de bajarse de su coche, con sus archivos bajo el brazo, atareado como siempre. Pero no lo estaba. En su lugar, se encontraba en una cueva, con un hombre que sonreía y una joven loca que lloraba. Entonces vio que Isabel levantaba la cabeza con una media sonrisa en su rostro sucio. Desde donde estaba podía ver el brillo líquido de sus lágrimas en las mejillas.

—Nuestros hijos —dijo ella al fin.

—¿Cómo dice? —preguntó Luis, y se sentó sobre una piedra lisa para descansar de la caminata.

—Nuestros hijos —repitió Isabel sin mirarle, con la vista puesta en la profundidad de la caverna.

—¿Qué le ocurre a sus hijos? Oiga, intento ayudarles, pero no puedo hacer nada si no me dicen qué está pasando. ¿Dónde están sus hijos?

—Dentro —dijo el hombre de la barba, y cogió uno de los palos y señaló a la oscuridad.

—¿Dentro? —dijo Luis, con los ojos muy abiertos—. ¿Pero están ustedes locos o qué les pasa? ¿Están ahí tan tranquilos mientras sus hijos están en esta cueva?

—Él no puede —dijo Isabel con la misma sonrisa, y de inmediato se puso en pie—. Pero tú sí, Luis. Tú puedes ayudarnos. Él tiene una pierna rota, y yo no puedo entrar en ese agujero sola.

Luis volvió a mirar al hombre barbudo. Luego se detuvo en el brillo suave y pacífico de los ojos de Isabel. Había algo que lo desataba por dentro sin que supiera el motivo; algo que irradiaba la joven delgada.

—¿Por qué no me lo había dicho antes?

—¿El qué? —dijo la mujer, y miró a la profundidad de la caverna.

—Estaban dando una vuelta por el campo y sus hijos se perdieron en la cueva, ¿es eso?

Luis se volvió hacia el hombre, que le miraba con aire neutro.

—Y usted se ha partido la pierna tratando de ir en su búsqueda, supongo.

De repente, un olor nauseabundo le llegó hasta las fosas nasales.

—¿Cuánto hace que se metieron dentro?

En los iris ambarinos de la joven, Luis creyó distinguir un mensaje oculto, un estímulo que destruía por dentro sus reservas, silenciosamente, casi sin resistencia alguna.

—No lo recuerdo —dijo al fin Isabel.

—¿Tienen alguna linterna?

Los dos le miraron con aire sombrío.

—Magnífico. ¿Puede acompañarme, por favor?

Isabel le cogió del brazo. Luis sacó el móvil y encendió la pantalla, pero la luz era exigua y apenas iluminaba los contornos. El suelo era irregular y resbaladizo, y a veces algún zapato se encajaba dentro de algún hueco como un molde inoportuno. La cueva parecía girar un poco hacia la derecha, bifurcándose en dos galerías bien visibles.

—¿Les han llamado?

—Muchas veces —murmuró Isabel, y se enroscó aún más en su brazo. Nunca había sentido algo semejante, como una corriente oscura y primaria que inflamaba sus vísceras, lentamente. El olor a carne descompuesta desapareció de pronto, disuelto entre la humedad de la caverna. Se giró un poco: ya casi no había luz exterior que les iluminara, y sus pasos eran lentos y torpes. Los dedos de la mujer subieron a lo largo de su brazo y, en un instante, se

pararon en un recodo rocoso. A pesar de las tinieblas, pudo distinguir su mirada hambrienta, solitaria.

—No puedes seguir viajando si no crees en esto —dijo la voz suave, y un olor profundo perturbó sus sentidos hasta saturarlos—. Cariño, tenemos que encontrarles.

Por un segundo trató de retroceder un poco, pero en las sombras su roce era inevitable, como el de una trepadora invisible, y muy pronto sintió su aliento cerca de aquella pared húmeda. Ahora, ella le pasaba una lengua tibia y seca por el cuello, pero apenas podía moverse. Era una criatura paralizada en las tinieblas, distinta a un hombre. Con sus ojos cerrados, vio entonces un abismo en el interior de su cabeza, un conjunto de formas y ruidos violentos que parecían haber estado dentro de él durante muchos años, replegados, bajo un letargo silencioso. De pronto la oscuridad se desintegró en una ola de luz blanquecina, destructora. Quiso enfadarse, pero en vez de eso sonrió un poco, notando que una pierna se enroscaba en la suya.

—Encontrarles —dijo balbuciente.

—Dar con ellos —le murmuraba ella—. Nuestros hijos.

–Nuestros hijos –susurró Luis, y los dedos de ella alborotaban su escaso cabello.

–Uno se fue por la izquierda y el otro por la derecha. Así son las cosas. Sí, así son...

Al fin, un rato después, sus brazos la apartaron despacio, casi jadeante. Tenía los pantalones bajados, y ella le abrazaba con las piernas delgadas y fibrosas. Un olor profundo y viejo los envolvía a ambos.

–N-no –murmuró—. Él...

–Ya sabes lo que ocurre cuando ocurren estas cosas –dijo la joven con calma.

Se separó de ella como pudo, sintiendo que el deseo había acelerado sus pulsaciones y que ahora era como un león perdido en la selva.

–Por nuestros hijos –susurró Isabel.

–Nosotros... no tenemos hijos.

Entonces percibió el silencio gutural de aquellas paredes calizas, la humedad que resbalaba por su piel y ese efluvio penetrante y seductor que flotaba en su mente como una bruma antigua. Volvió a escuchar la risa juvenil de la joven.

–No, ahora no, pero los tendremos –y enseguida volvió a acercarse para morderle el lóbulo de una oreja. Finalmente le susurró al oído:

—Y cuando los tengamos, se perderán en esta cueva. Como siempre.

Luis se abrochó el cinturón, desorientado. La joven llamada Isabel le volvió a tomar del brazo, caminando con aire más decidido.

—Y construiremos una casita —dijo la joven, y apoyó la cabeza en la oscuridad de su hombro—. Y nuestros hijos se perderán siempre en la cueva.

Cuando regresaron a la entrada, el hombre barbudo había desaparecido.

—Le gusta salir —dijo ella distraídamente, sentándose sobre una roca. Sus ojos le miraban como llamas en la noche—: Le gusta ir al arroyo. Está cerca.

—Muy cerca —murmuró Luis.

—Ten, llévate esto —dijo con una sonrisa casi infantil, y cogió una piedra larga y picuda. Con el fragmento de roca entre sus manos, Luis miró las ramas que tapaban la entrada a la cueva.

Al salir entornó los ojos. Los pájaros piaban en la corona de los árboles, y una luz cálida y agradable descendía tamizada entre las hojas. Sus pasos eran susurrantes entre la maleza, y caminaba con lentitud, a veces apoyado en alguna rama o en el tronco de algún viejo castaño por el que trepaba un

ejército de hormigas rojas. Después de un largo rato escuchó el murmullo del agua, por lo que pudo orientarse mejor. Sentado de nuevo sobre una roca, con sus palos tallados en el regazo, el hombre barbudo le miraba sin aprobación ni odio, simplemente como si estuviera observando un fenómeno irreversible y natural.

—¿Los han encontrado? —dijo, y su media sonrisa trastornó un poco su propósito.

—Sí —respondió Luis, y apretó las mandíbulas—. Están bien.

—No lo dudo. Y ahora, ya sabe lo que tiene que hacer.

En ese momento vio que el hombre sostenía una roca afilada como un cuchillo en su mano derecha. Luis avanzó con cautela, encogiendo un poco los hombros y tensando los brazos. Era un impulso que parecía resonar en su interior como una llamada antigua, primaria. El hombre se puso en pie trabajosamente, con una pierna un poco doblada. Le enseñaba los dientes amarillentos. Una espumilla recubría sus labios gordos. Era mucho más corpulento que Luis, pero estaba impedido, y sus movimientos eran mucho más limitados. Luis decidió rodear un árbol escondiendo su piedra en la

cintura. El hombre barbudo le vigilaba como un animal al acecho. Se acercó unos pasos y, luego, enseguida, corrió hacia la izquierda, logrando que el hombre se girara bruscamente hasta perder el equilibrio de uno de sus apoyos de madera, que cayó al agua del arroyo con un chapoteo sordo. Algo oscuro y sin piedad se adueñó de la rabia de Luis, que ahora apretaba la roca hasta lacerar su mano. Se adelantó rápidamente, pero tropezó un poco con una piedra, dando unos segundos al hombre para recuperarse.

De inmediato notó que algo se había abierto en su carne, y al mirar el rostro de su enemigo distinguió una sonrisa salvaje de triunfo. Luis vio que tenía la camisa desgarrada, y que sangraba profusamente por un costado. Al ver su propia sangre en la piedra del hombre, retrocedió un poco, alerta. Entonces jadeó como un lobo, hiriendo aún más su mano con los picos cortantes de la piedra. Empezó a describir un semicírculo en torno a su presa, pero el hombre barbudo parecía haberse vuelto más ágil con el golpe en las costillas. Era como si la sangre aumentara su rabia. El dolor estimulaba su concentración y, en el silencio del bosque, se miraban como si no hubiera otra cosa en

el mundo. De repente, algo le impulsó hacia su enemigo y, aunque notó de nuevo otro golpe seco en la frente, al fin pudo derribarlo contra el arroyo. Envuelto en la sangre, la roca afilada había roto el cráneo de su presa. Durante unos segundos, el hombre le miró como perdido en una tiniebla melancólica.

—No siempre... se vence —murmuró con un quejido. Luis levantó su cabeza de las aguas. El hombre barbudo ya no le miraba siquiera.

—Llévame... con los otros. Es tu turno.

Como pudo, quejumbroso por el dolor de sus heridas, Luis arrastró el cuerpo hasta la orilla, y luego por una senda de hojas secas. A veces se paraba a descansar un poco, limpiándose la sangre de la cara. Comprobó que debía tener alguna costilla rota, pero tampoco eso le importaba mucho. Había vencido, y eso era lo importante. De nuevo arrastró el cuerpo moribundo, hasta que al fin llegó a la entrada de la caverna. A su alrededor se respiraba una calma natural, con una brisa suave que envolvía las hojas y los arbustos. Le costó aún más introducir aquel peso dentro de la gruta, que ahora estaba solitaria.

Miró a las profundidades, pero no distinguió

nada. El moribundo ya apenas balbuceaba nada, salvo gorgoteos casi líquidos. Luis le arrastraba por las piernas, haciendo golpear su cabeza con las rocas. Llevaba ya unos minutos así, cuando percibió de nuevo el hedor putrefacto. De nuevo se dejó guiar por un instinto silencioso que apretaba las piernas de su presa, mientras lo iba arrastrando hacia la galería derecha. Al fin, el hombre dejó de balbucir, y se sumó al silencio de la cueva profunda.

Acostumbrados a las tinieblas, sus ojos distinguían ya las sombras de los alrededores. Al fin soltó el cadáver, tendido boca arriba. Recorrió con lentitud aquel espacio, pero su pie golpeó algo duro y redondo. Indeciso, se agachó para recoger la piedra: en el tacto ciego de sus dedos, Luis acarició con lentitud los bordes de una calavera medio rota. Luego la soltó despreocupado, mientras una risa cada vez mayor se apoderaba de los huecos de las paredes: su propia risa. Retrocedió, allí donde el techo era más alto, pero entonces pisó algo blando que no era el cadáver de su presa. Era otro cuerpo, una masa amorfa de carne apestosa, sin miembros reconocibles. Se giró lentamente, como si reconociera los dominios de un reino que hubiera conquistado: los cadáveres se esparcían más allá, en

profundidades mayores. Y la risa siguió creciendo en aquella oscuridad casi absoluta.

Varias semanas más tarde, en el bosque había llovido, aunque estaba el día algo nuboso y sin agua. Raúl llevaba los prismáticos al hombro mientras Julia se había quedado en el coche. Estaba seguro de haber visto un búho real en aquel viejo abedul. Las gotitas de agua caían desde todos sitios como un rocío sin aurora mientras Raúl enfocaba la lente hacia arriba. Luego decidió caminar un poco más adentro, procurando que sus pasos fueran silenciosos. Entre las ramas no se distinguía nada apreciable, salvo un estornino que pronto abrió sus alas hasta perderse entre la arboleda.

—Vaya —dijo.

Estaba a punto de regresar al coche cuando la vio.

Unas palabras del autor de «El ciclo»:

Mi nombre es **Carlos Pérez Jara**, y nací el 1 de febrero de 1977. He cursado estudios de Economía y actualmente trabajo en una entidad financiera. Escribo desde que era pequeño, pero nunca hasta ahora había mandado mis relatos o cuentos a ninguna revista, si bien en próximos meses van a publicarse algunos cuentos míos en las revistas electrónicas Bem On line y Axxon. La literatura fantástica siempre ha ocupado un lugar preferente en mis lecturas (desde que leía los libritos de la colección Clipper cuando apenas contaba seis años), y sobre ella trabajo mis historias. Existe una larga lista de autores a los que debo este impulso de escribir desde siempre, pero podría destacar entre muchos a Vladimir Nabokov, Cervantes, Howard P. Lovecraft, Gene Wolfe, Jack Vance o el propio Quim Monzó. También soy aficionado al dibujo y la pintura, y desde luego a la narrativa gráfica, a la que debo también más de lo que puedo expresar aquí en pocas palabras.